

La gente de bien y el trabajo sucio¹

Everett C. Hughes

...une secte est le noyau et le levain de toute foule...
Etudier la foule c'est juger un drame d'après ce qu'on voit sur la scène;
étudier la secte c'est le juger d'après ce qu'on voit dans les coulisses
 (Sighele, S. *Psychologie des sectes*. Paris, 1898. 62, 63, 65².)

El Gobierno Nacional Socialista de Alemania, a través del brazo de su secta interna de fanáticos, las S.S., comúnmente conocidas como Camisas Negras o Guardia de Elite, perpetró la más colosal y dramática pieza de trabajo sucio social que el mundo jamás haya conocido, jactándose de ello. Puede que existan otros que demanden ese título, pero ninguno podría igualar la combinación única de masa, velocidad y orgullo perverso en su gesta. Casi todos los pueblos tienen suficiente crueldad y muerte por las que responder. ¿Cuántos afroamericanos³ murieron en manos de turbas de linchamiento? ¿Cuántos más a causa de enfermedades tratables y falta de comida o falta de conocimientos en nutrición? ¿Cuántos rusos murieron para conseguir la colectivización de la tierra? ¿Y a quién debemos culpar si en algunas partes del mundo existen millones de personas hambrientas mientras en otras el trigo se pudre en los campos?

No pretendo revivir el caso de la *Endloesung* (la solución final) nazi del problema judío con el fin de condenar a los alemanes, o de hacerlos verse peor que otras naciones, sino para señalar los peligros que nos acechan de forma permanente. Lo que sigue

-
- 1 Texto publicado originalmente en inglés como "Good people and dirty work", en *Social Problems*, 10, 1, 1962, 3-11. Traducción del inglés de Mauricio Balbachan. Revisión de Waldemar Claus (UNL).
 - 2 "... una secta es el núcleo y la levadura de cualquier muchedumbre... Estudiar una muchedumbre es juzgar lo que se ve en el escenario; estudiar una secta es juzgar lo que se ve detrás de escena". Estos son algunos de los muchos pasajes resaltados por Robert E. Park en su copia, ahora en mi posesión, del trabajo clásico de Sighele sobre sectas políticas. Hay una cantidad de referencias hacia este trabajo en la *Introducción al estudio de la Sociología* de Park y Burgess, Chicago, 1921. De hecho, existe una mayor atención puesta sobre la conducta fanática política y religiosa en Park y Burgess que en cualquier trabajo sociológico posterior de este país. La discusión de Sighele se relaciona principalmente con el movimiento anarquista de su tiempo. Ha habido movimientos fanáticos desde entonces. La Organización Armada Secreta en Argelia es el más reciente.
 - 3 *N. del T.*: utiliza "Negro Americans", término que no era considerado políticamente incorrecto en el año de su publicación (1962) y menos aún, en el año que el autor dictó la conferencia homónima en la universidad McGill (1945).

a continuación fue en gran parte escrito luego de mi primera visita a Alemania ya finalizada la guerra en 1948. Las impresiones fueron intensas. Los datos no han disminuido y desaparecido con el tiempo, como sucedió con las historias de las supuestas atrocidades alemanas en Bélgica durante la Primera Guerra Mundial. Mientras más completo sea el registro de los hechos, más grave se vuelve⁴.

Varios millones de personas fueron enviadas a los campos de concentración, operados bajo el mando de Heinrich Himmler con la ayuda de Adolf Eichman. Algunos cientos de miles sobrevivieron por decirlo de algún modo. Todavía menos lo hicieron sanos de cuerpo y mente. Unos ejemplos bien documentados mostrarán el extremo de crueldad perversa alcanzada por los guardias de las SS a cargo de los campos. Los prisioneros eran obligados a trepar a los árboles; los guardas los azotaban para que trepen más rápido. Ya fuera de alcance, otros prisioneros, también urgidos por el látigo, eran obligados a agitar los árboles. Al caer, las víctimas eran pateadas para ver si podían ponerse de pie. Aquellos tan mal heridos como para levantarse, eran fusilados por ser inservibles para el trabajo. Un número nada despreciable de prisioneros terminaron ahogados en fosas llenas de excremento humano. Estos ejemplos son tan horribles que sus mentes querrán olvidarlos. No podrán, como cuando leen una novela ligeramente sugerente, imaginar el resto. Entonces les pongo estos ejemplos e insisto que quienes los idearon podían improvisar otros incluso peores a estos, día tras día durante varios años, como de hecho lo hicieron. Muchas de las víctimas de los Campos expiraron (esta frase bíblica es la más adecuada⁵) debido a una combinación de cansancio, inanición, abuso físico y humillación. A la individualidad virtuosa para la crueldad se sumó, con el tiempo, una política de aniquilación masiva en la cámara de gas.

Este programa – ya que fue un programa- de aniquilación y crueldad se realizó en nombre de la superioridad y la pureza racial. Fue dirigido principalmente, aunque no exclusivamente, contra los judíos, eslavos y gitanos. Fue exhaustivo. Pocos judíos viven en los territorios que estuvieron bajo el control del Tercer Reich Alemán –las dos Alemanias, Holanda, Checoslovaquia, Polonia, Austria, Hungría. Muchos judíos fran-

4 La mejor fuente de fácil acceso en aquel tiempo fue *Der SS-Staat. Das System der Deutschen Konzentrationslager*, Berlín, 1946, de Eugen Kogon. Mucha de la información que utilizo proviene de este libro. Algunos años después H. G. Adler, tras varios años de investigación, escribió *Theresianstadt, 1941-1945. Das Antlitz einer Zwangsgemeinschaft* (Tuebingen, 1955), y más tarde publicó *Die Verheimlichte Wahrheit, Theresienstaedter Dokumente* (Tuebingen, 1958), un libro de documentos sobre el campo en el cual Checos y Judíos fueron concentrados, desmoralizados y aniquilados. Kogon, un intelectual católico, y Adler, un bohemio judío, escribieron de sus experiencias personales en los Campos de Concentración. Ambos consideraron como deber presentar al público el fenómeno objetivamente. Ninguno de sus enunciados ha sido alguna vez cuestionado.

5 *N. del T.*: se refiere a la frase “*gave up the ghost*”, que puede encontrarse en distintos pasajes bíblicos. En la versión de Reina-Valera (1960) es traducida la mayoría de veces como “expirar” (Marcos 15-37, Marcos 15-39, Lucas 23-46, Hechos 5-5, Hechos 12-23), aunque también como “exhalar el espíritu” (Génesis 25-8, Génesis 25-7, Génesis 35-29), “entregar el espíritu” (Juan 19-30) y “perecer” (Lamentaciones 1-19).

ceses fueron aniquilados. Incluso existieron campos de concentración en Túnez y Argelia, bajo la ocupación alemana

Cuando me volví más consciente de las reacciones de los alemanes comunes hacia los horrores de los campos de concentración, durante mi visita a Alemania en 1948, en vez de preguntar la típica pregunta “¿cómo fue que el odio racial ascendió a un nivel tan alto?” me encontré preguntando “¿cómo podía llevarse a cabo semejante trabajo sucio entre, y en cierta forma, *por*⁶ los millones de alemanes comunes y civilizados?”

Junto a esta vinieron preguntas relacionadas. ¿Cómo podían vivir estas millones de personas comunes en medio de tanta crueldad y aniquilamiento sin un alzamiento general en su contra y en contra de las personas que lo llevaron a cabo? ¿cómo podían estar, aparentemente, tan poco afectados por ello una vez liberados del régimen, tan severamente callados al respecto, no sólo al hablar con extranjeros- lo que es fácil de entender- sino entre ellos mismos? ¿Cómo y dónde pueden encontrarse en un país moderno y civilizado los varios cientos de miles de hombres y mujeres capaces de realizar semejante tarea? ¿Cómo estas personas se encontraban tan libradas de las inhibiciones de la vida civilizada como para ser capaces imaginar, y aún más para ejecutar, las feroces, obscenas y perversas acciones que imaginaron y ejecutaron? ¿Cómo podían mantenerse en ese nivel de furia, tras años de tener que ver de cerca los restos humanos que dejaban y siendo salpicados, a menudo, por la mugre producida y acumulada por sus propias acciones?

Verán que aquí hay dos tipos de interrogantes. Un conjunto referido a las personas de bien, quienes no realizaron este trabajo por sí mismas. El otro, referido a aquellas que sí lo hicieron. Pero ambos conjuntos de interrogantes no se encuentran realmente separados; ya que la pregunta fundamental vinculada a la gente de bien es sobre su relación con las personas que realizaron el trabajo sucio, junto a una relacionada que indaga en qué circunstancias la gente de bien deja que los otros sigan adelante con estas acciones.

Una respuesta fácil en relación a los alemanes es que no eran tan buenos después de todo. Podemos atribuirles algún tipo de conciencia especial innata o inculcada sobre la raza, combinada con una afición por la crueldad sádica y una aceptación incondicional de cualquier cosa que sea ejecutada por quienes sean la figura de autoridad. Forzada al máximo, esta respuesta simplemente nos convierte a nosotros, en vez de los alemanes, en la raza superior. Es la sintonía nazi, por ponerlo en nuestras propias palabras.

Hoy en día, existen diferencias profundas entre los pueblos que son difíciles de aceptar. Puede que la historia y cultura de los alemanes los hagan especialmente susceptibles a la doctrina de su propia superioridad racial y especialmente condescendientes con las acciones de quien sea se encuentre en el poder. Estas son cuestiones

6 N. del T.: Éste y todos los resaltados son del autor.

merecedoras de la mejor investigación que se les pueda ofrecer. Pero decir que estas cosas pueden suceder en Alemania simplemente porque los alemanes son diferentes- a nosotros- refuerza sus propias excusas y nos libran de la culpa sobre lo sucedido allí con demasiada facilidad como así también de la pregunta sobre si algo así podría suceder aquí.

Ciertamente los alemanes, en sus prácticas y expresiones cotidianas anteriores al régimen de Hitler, no exhibían tanto más odio que el que exhibimos nosotros hacia otros grupos raciales o culturales. La segregación residencial no era significativa. El matrimonio interracial era común, y las familias de esos matrimonios tenían una existencia más llevadera que las que tienen por lo general en América. Los clubes, escuelas y hoteles racialmente exclusivos eran menos llamativos que aquí. Y recuerdo muy bien una noche en 1933 cuando un hombre de negocios de Montreal- un hombre muy agradable, por cierto- en nuestra sala de estar dijo “¿por qué no admitimos que lo que Hitler está haciendo con los judíos es justamente lo que nosotros deberíamos hacer?”. Este no era un sentimiento poco común, aunque podría decirse en defensa de las personas que lo manifestaban, que probablemente desconocían toda la verdad sobre el programa nazi de exterminio de los judíos y no la hubieran creído. Los sentimientos básicos subyacentes sobre cuestiones raciales en Alemania no eran de índole distinta de aquellos que predominan en todo Occidente, y especialmente en los países anglosajones. Sin embargo, no es mi intención exagerar sobre este punto. Sólo quiero despejar el camino para un análisis riguroso del problema del trabajo sucio y la gente de bien, mostrando que los alemanes fueron y son, tan buenos y tan malos como el resto de nosotros en este asunto de los sentimientos raciales y, añadamos también, en sus ideas acerca del comportamiento decente de los seres humanos.

Pero ¿cuál fue la reacción de los alemanes comunes hacia la persecución de los judíos y hacia las torturas y asesinatos masivos de los campos de concentración? Una conversación entre un maestro alemán, un arquitecto alemán y yo, proporciona algunas respuestas esenciales en forma elocuente. La misma tuvo lugar en el estudio del arquitecto en Frankfurt del Meno en 1948, en el marco de una visita más bien informal.

El arquitecto: “Me avergüenzo de nosotros cuando pienso en ello. Pero no lo sabíamos. Sólo más tarde nos enteramos de todo ello. Debe recordar la presión bajo la que estábamos; nos teníamos que unir al partido. Debíamos mantener nuestras bocas cerradas y hacer lo que se nos decía. Fue una presión terrible. Igualmente, me avergüenzo. Pero mire usted, habíamos perdido nuestras colonias, y nuestro honor nacional estaba herido. Y estos nazis explotaron ese sentimiento. Y los judíos, ellos *eran* un problema. Ellos llegaron desde el Este. Debería verlos en Polonia; la clase más baja de personas, pobres, sucios y llenos de piojos, correteando por sus ghettos en caftanes mugrientos. Ellos llegaron aquí, y se enriquecieron a través de métodos increíbles después de la primera guerra. Ocuparon todos los lugares importantes. ¡Por eso eran diez a uno en proporción en medicina, derecho y en puestos de gobierno!”

Llegado a este punto el arquitecto dudó y pareció desconcertado. Continuó; “¿Dónde estaba? Es la mala alimentación. Mire la miseria en la que nos encontramos, Herr Profesor. A menudo sucede que me olvido de lo que estaba hablando. ¿Por dónde iba ahora? Lo he olvidado por completo”

(Creo que su confusión no fue para nada fingida. Muchos alemanes decían sufrir pérdidas de memoria como ésta, y lo atribuían a su escasez de alimentos).

Yo dije con firmeza: “Estaba hablando de la pérdida de honor nacional y de cómo los judíos se habían apoderado de todo”.

El arquitecto: “¡Oh sí! ¡Era eso! Bueno, por supuesto que esa no era la forma en que había que resolver el problema judío. Pero *había* un problema y debía ser resuelto de alguna forma.

El maestro: “Claro que ahora ellos tienen Palestina”.

Yo objeté que Palestina difícilmente los pueda contener.

El arquitecto: “El profesor está en lo cierto. Palestina no puede contener a todos los judíos. Y fue algo terrible asesinar personas. Pero en ese momento no lo sabíamos. Sin embargo ahora me alegro de estar despierto. Es un momento interesante en la historia del hombre. Cuando los americanos llegaron fue como un gran alivio, sabe. Realmente espero ver un nuevo modelo en Alemania. Me gusta la libertad que me permite a hablar con usted de esta manera. Pero, desafortunadamente esta no es la opinión general. La mayoría de mis amigos realmente se aferran a las viejas ideas. No pueden ver ninguna esperanza, de manera que se aferran a las ideas viejas”.

Creo que este fragmento de la conversación aporta tanto los elementos constitutivos como así también el tono de la reacción alemana. Se ajusta bien a estudios formales que se han hecho, y sólo varía en algunos detalles respecto de otras conversaciones que grabé en 1948.

Uno de sus puntos más evidentes es la renuencia a pensar en el trabajo sucio que se hizo. En este caso- casualmente o no- el buen hombre sufrió un lapsus de memoria propiamente dicho en medio de su declaración. Esta parece una cuestión sencilla. Sin embargo, los psiquiatras han demostrado que es más complejo de lo que parece. Han conducido un gran número de estudios acerca de los mecanismos complicados con los que la mente individual evita los pensamientos desagradables o intolerables, y han mostrado que tan grande puede ser, en algunos casos, la consiguiente pérdida de la efectividad de la personalidad.

Nosotros, sin embargo, hemos tomado al rechazo colectivo por conocer hechos desagradables un poco por sentado. Como es sabido, las personas pueden guardar (y guardan) silencio sobre temas cuya discusión pública amenazaría las concepciones del grupo sobre sí mismo y, por ende, su solidaridad. Se trata de un mecanismo que opera en cada familia y en cada grupo que se considere como tal. Romper este silencio es considerado un ataque contra el grupo; una suerte de traición, si quien lo hace es un miembro del grupo. Este silencio compartido permite el desarrollo de ficciones

grupales; tales como ese abuelo era menos sinvergüenza y más romántico de lo que realmente fue. Y pienso yo que es demostrable que este silencio opera especialmente contra cualquier expresión, excepto la ritual, de culpa colectiva. Lo llamativo de la Alemania actual no es que haya pocas referencias de algo por lo que la gente siente una profunda culpa, sino que apenas se hable de ello.

Para entender este fenómeno tendríamos que descubrir quién habla sobre las atrocidades de los campos de concentración, en qué situaciones, en qué estado de ánimo, y con qué motivación. Al respecto, sólo conozco mis propias experiencias limitadas. Una de las más conmovedoras fue mi primer reencuentro luego de la guerra con un profesor de avanzada edad a quien había conocido con anterioridad al nazismo; un alma valiente que no inclinó su cabeza en la época nazi y la mantiene en alto en la actualidad. Sus primeras palabras, con lágrimas en sus ojos, fueron: “qué difícil es de creer que los hombres serán tan malos como dicen que serán. Hitler y su gente decían: ‘rodarán cabezas’, pero cuántos de nosotros- incluso entre sus opositores más acérrimos- podíamos creer que realmente lo harían”.

En 1948 este hombre podía hablar de las atrocidades nazis de la forma más natural, y lo hacía siempre que se presentara la ocasión, no sólo con personas como yo, sino con sus alumnos, sus colegas y con el público que leía sus artículos, en el curso de su esfuerzo inagotable por reorganizar y revitalizar a las universidades alemanas. No tenía ni el empeño de hablar para excusarse y defenderse, ni una necesidad consciente o inconsciente de guardar silencio. Esta clase de personas eran extrañas; cuántas había en Alemania no lo sé.

Otro tipo de ocasiones en que el silencio se quebraba eran aquellas en las cuales, durante una clase, conferencia pública o encuentros informales con estudiantes, yo mismo había hablado, en forma franca, sobre las relaciones raciales en otras partes del mundo, incluyendo los linchamientos que a veces ocurrían en mi propio país y el maltrato terrible impuesto a los nativos en Sudáfrica. Esto removía la actitud de ponerse a la defensiva, de manera que algunas personas pudieran hablar con facilidad de lo sucedido bajo el régimen nazi. Más comunes eran situaciones como aquella con el arquitecto, donde yo introducía algún comentario sobre las atrocidades como respuesta al reclamo de los alemanes de que el mundo está abusando de ellos. En estos casos había, por lo general, una expresión de vergüenza, acompañada por una variedad de excusas (incluyendo la de haber sido mantenidos en la ignorancia), seguida por un cambio rápido del tema de conversación.

Al considerar este problema de “discusión versus silencio” debemos preguntarnos en algún momento qué era lo que sabía la gente de bien (es decir, corriente) en Alemania sobre estas cosas. Es claro que las S.S. mantenían bajo reserva los detalles más escabrosos de los campos de concentración. Incluso altos funcionarios del gobierno, del ejército y del propio partido nazi eran mantenidos en la ignorancia en cierta medida, aunque por supuesto ellos eran quienes mantenían a los campos provistos de víctimas. La gente común de Alemania sabía que los campos existían; la mayoría conocían a personas que habían desaparecido en ellos; algunos veían a las víctimas, esqueletos

andantes en harapos, siendo transportados en camiones o trenes, o arreados por el camino desde la estación al campo, o hacia terrenos o fábricas cercanas a los campos. Muchos conocían personas que habían sido liberadas de los campos de concentración; estas personas liberadas se mantenían en silencio bajo pena de muerte. Sólo a través del miedo y el terror era cultivado y mantenido el silencio. Frente a la ausencia de una voluntad valiente y decidida por conocer y divulgar la verdad, y ante la inexistencia de toda herramienta de oposición, el grado de conocimiento fue bajo sin lugar a dudas, a pesar que todos sabían que algo enorme y horrible estaba sucediendo; y pese al hecho que tanto el “*Mein Kampf*” de Hitler como las declaraciones de sus oficiales decían que ningún destino era demasiado horrible para los judíos ni para otras personas perversas o inferiores.

Esto nos obliga a preguntar bajo qué condiciones la voluntad de conocer y de hablar es firme, decidida y verdadera; dejo sin resolver esta pregunta al igual que la mayoría de las preguntas importantes que he planteado, excepto como respuestas que pueden estar contenidas en la exposición del planteo. Pero volvamos a nuestro moderado buen hombre, el arquitecto. Él insistía una y otra vez que no sabía, y podemos suponer que él sabía tanto más o menos que la mayoría de alemanes. Pero también había dejado bien en claro que deseaba que se hiciera algo con los judíos. Tengo en mi poder testimonios similares de personas que yo sabía que habían tenido amigos judíos cercanos antes de la época nazi. Esto plantea todo el problema de hasta qué medida aquellos parias que hacen el trabajo sucio de la sociedad se encuentran, en realidad, actuando como agentes del resto de nosotros. Al hablar de este asunto debemos señalar que, en su argumento, el arquitecto desplazaba a los judíos a un grupo externo de manera categórica: ellos eran sucios, repugnantes e inescrupulosos (extraña declaración para un residente de Frankfurt, hogar de viejos comerciantes judíos y familias intelectuales largamente identificadas con aquellos aspectos de la cultura que más enorgullecen a los alemanes). Habiéndose disociado claramente de estas personas, y habiendo declarado que eran un problema, él se encontraba aparentemente dispuesto a dejar que alguien más realice el trabajo sucio que él mismo no haría, y por el que expresaba vergüenza. Este tipo de casos puede ser análogo con nuestra actitud hacia aquellas personas condenadas por un delito. De vez en cuando, nos llegan rumores sobre el maltrato a los presos en cárceles o centros de detención; o un simple informe diciendo que están mal alimentados o que viven en condiciones de higiene que no son buenas. Es probable que no deseemos que los presos sean maltratados o pasen hambre, pero nuestra reacción está atenuada probablemente por la idea de que algo se merecen, debido a cierta desvinculación de ellos del grupo de pertenencia de la gente de bien. Si lo que reciben es peor de lo que nos gusta creer, sólo es un poco desagradable. Es un punto sobre el cual somos ambivalentes. Las campañas de reforma de las prisiones son comúnmente seguidas por campañas en contra de los estándares de vida demasiado elevados de los presos y en contra de que las cárceles sean dirigidas por personas blandas. Las personas que dirigen las prisiones son ahora nuestros agentes. Es difícil de precisar hasta qué punto cumplen o podrían llegar a cumplir nuestros deseos. En

efecto, en una justificación presuntuosa de sus prácticas más cuestionables, el guardia de una prisión dice: “si estos reformistas y estos peces gordos de arriba tuvieran que vivir como yo con estos convictos, pronto cambiarían sus tontas ideas sobre cómo dirigir una prisión”. Él está sugiriendo que la gente de bien es hipócrita o naive. Incluso sabe muy bien que los deseos de sus empleadores, el público, no son en forma alguna unánimes. Es tan probable que se pongan en su contra por ser demasiado bueno como por ser demasiado duro. Y si se trata de un hombre dispuesto al maltrato como sucede a veces, puede con justicia sentir que sólo está haciendo lo que otros quisieran hacer, si estuvieran en su lugar.

Podría haber tomado numerosos ejemplos que existen en nuestro propio mundo para compararlos con la actitud alemana hacia los campos de concentración. Un diario de Denver, por ejemplo, causó un gran escándalo al alegar que nuestros compatriotas japoneses habían estado demasiado bien alimentados en los campos donde fueron concentrados durante la guerra. Yo podría haber mencionado algún aspecto de la terrible historia de las personas de origen japonés en Canadá. O quizá podría haber sido sobre los linchamientos, o sobre algún aspecto de la discriminación racial. Pero elegí a los condenados por un delito a propósito. Los convictos son formalmente dejados de lado para un tratamiento especial. Son un grupo de extraños en cualquier país. Esto claramente nos pone frente al problema, en vista que algunas personas mantienen la ilusión de poder resolver el problema del tratamiento de los delincuentes con propaganda dirigida a probar que no existe delincuente alguno. Casi todos concuerdan que algo debe hacerse con ellos. La pregunta es qué se hace, quién lo hace, y la naturaleza del mandato que el resto de nosotros le otorgamos a quienes lo hacen. Quizás les damos un mandato inconsciente para ir más allá de cualquier cosa que a nosotros mismos nos molestaría hacer o incluso conocer. Me atrevo a sugerir que los funcionarios más expertos y de mayor rango que actúan en nuestro nombre simbolizan una especie de destilado de lo que podríamos considerar nuestros deseos públicos, mientras que algunos de los otros muestran una suerte de concentrado de aquellos impulsos sobre los que somos menos conscientes, o deseamos serlo.

La elección de los convictos trae ahora a colación otro aspecto importante sobre las relaciones intergrupales. Todas las sociedades de gran tamaño poseen grupos de pertenencia y grupos de extraños; de hecho, una de las mejores formas de describir una sociedad es considerarla como una red de pequeños y de grandes grupos de pertenencia y de grupos de extraños. Y un grupo de pertenencia es tal sólo porque existen grupos de extraños. Cuando yo me refiero a *mis* chicos estoy obviamente implicando que ellos son más cercanos a mí que los hijos de otras personas y que haré mayores esfuerzos para comprar naranjas y aceite de hígado de bacalao para ellos que para otros chicos. De hecho, puede significar que les daré aceite de hígado de bacalao aún si tengo que obligarlos a comerlo. Realizamos nuestro propio trabajo sucio por quienes están más cercanos a nosotros. El propio mandamiento 'amar a mi prójimo como a mí mismo' comienza conmigo; si yo no amo a mis prójimos ni a mí mismo, la frase tiene un significado muy agrio.

Cada uno de nosotros es el centro de una red de grupos de pertenencia y de extraños. Puede que ahora las diferencias entre *dentro* y *fuera* se dibujen en formas distintas, y nada es más importante para el educador como para el estudioso de la sociedad que descubrir cómo estas líneas se construyen y cómo podrían volver a dibujarse en formas más razonables y justas. Pero es un absoluto disparate creer que podemos acabar con la distinción de la vida social entre *dentro* y *fuera*, *nosotros* y *ellos*. En general sentimos una mayor obligación hacia los grupos de pertenencia como aspecto positivo; por ende una menor obligación hacia los grupos de extraños; y en el caso de grupos de extraños como los convictos, son definitivamente entregados a manos de nuestros agentes para el castigo. Este es el caso extremo. Pero existen otros grupos de extraños hacia los que podemos tener sentimientos hostiles y de desagrado, aunque sin darle ningún mandato formal a nadie para lidiar con ellos en nuestro nombre, aún cuando profesemos creer que ellos no deban sufrir restricciones o desventajas. Mientras más socialmente distantes estén de nosotros, más dejamos en manos de otros una suerte de mandato por defecto para lidiar con ellos en nuestro nombre. Cualquier esfuerzo que pongamos por reconstruir las líneas que dividen a los grupos de pertenencia de los de extraños no elimina el eterno problema de nuestro tratamiento, directo o delegado, sobre cualquier grupo que sea considerado en cierto modo como externo. Y aquí es donde todo el asunto de nuestros deseos declarados y los deseos posiblemente más profundos no declarados entra en juego; y el problema relacionado sobre lo que sabemos, lo que podemos saber y lo que deseamos saber. En Alemania, los agentes se salieron de control y crearon tanto terror que era mejor no saber. También es evidente que era y que es más fácil para la consciencia de muchos alemanes no saber. Finalmente no es injusto decir que los agentes al menos estaban trabajando en la dirección de los deseos de muchas personas, aunque puede que hayan ido más allá de los deseos de la mayoría. Las mismas preguntas podrían hacerse sobre nuestra propia sociedad, y no sólo respecto de los presos sino también de muchos otros grupos sobre los que no pesa un estigma legal o moral. Nuevamente, no tengo las respuestas. Los invito a buscarlas.

En algún momento del análisis sobre el trabajo sucio debemos pensar en las personas que lo realizaron. En Alemania, éstos eran los miembros de las S.S y de aquel grupo interno de las S.S que manejaba los campos de concentración. Se han realizado muchos informes acerca de las personalidades de estos fanáticos despiadados y su trasfondo social. Quienes los han estudiado afirman que un gran porcentaje de ellos eran “*gescheiterte Existenzen*”, hombres o mujeres con una historia de fracaso, de mala adaptación a las exigencias de trabajo y a las clases sociales en que habían sido criados. La Alemania de entre guerras albergaba un gran número de personas así. Su adhesión a un movimiento que proclamaba una doctrina de odio era bastante natural. El movimiento ofrecía algo más. Creaba un grupo interno que debía ser superior de todo el resto, incluso los alemanes, en cuanto a su propia emancipación de la moral burguesa habitual; personas más allá y por encima de la moral ordinaria. Quiero abordar esto, no como una doctrina, sino más bien como dispositivo organizacional. Porque como ha dicho Eugene Kogon, el autor del análisis más agudo sobre las S.S.

y sus campos, los nazis llegaron al poder creando un estado dentro de un estado; un cuerpo con su propia contramoralidad y su propia contralegislación, sus tribunales y sus propias sentencias sobre aquellos que no cumplieran sus órdenes y estándares. Incluso como movimiento, tenía círculos internos dentro de círculos internos; cada uno de ellos juramentando guardar secreto frente al siguiente. La pelea entre estos círculos internos continuó hasta después de la llegada de Hitler al poder; con el tiempo Himmler ganó la contienda. Sus S.S. se convirtieron en el estado dentro del estado nazi, así como el movimiento nazi se había convertido en un estado dentro del estado de Weimar. A uno le viene a la mente la tan citada pero desatendida declaración de Sighele: “Encuentre la secta en el centro de una multitud”. Se refería, por supuesto, a la secta política; el grupo interno de fanáticos de un movimiento buscando el poder por métodos revolucionarios. Una vez que los nazis llegaron al poder, mientras esta secta interna se había convertido en el agente reconocido del estado y, por ende, de las masas populares, al mismo tiempo había podido disociarse de ellas por completo en sus actos, justamente por el hecho de tener un mandato. Ahora se encontraba a salvo de cualquier injerencia e investigación. Puesto que tenía en su poder las herramientas de injerencia y de investigación. Éstas son también las herramientas del secretismo. De esta forma, la S.S. podían construir el poderoso sistema que construyeron para robar todos los recursos del estado y de la economía de Alemania y de los países conquistados que fueran necesarios para llevar a cabo, en forma lujosa y con impunidad, su orgía de brutalidad.

Ahora preguntémosnos sobre los trabajadores sucios, preguntas similares a las relativas a la gente de bien. ¿Existe una oferta de candidatos para este tipo de trabajo en otras sociedades? Sería fácil afirmar que sólo Alemania puede producir semejante camada. Con solo formularla, la pregunta es respondida. Uno de los problemas más serios de nuestras sociedades son las personas que han tocado fondo (“*gescheiterte Existenzen*”). Creo que cualquier psiquiatra podrá dar fe que tenemos un cúmulo o reserva suficiente de personalidades inclinadas hacia el sadismo y el castigo perverso como para hacer cualquier cantidad de trabajo sucio que las personas de bien estén dispuestas a tolerar. No sería necesario un gran giro en los acontecimientos para incrementar este número de personas, y sacar a la luz su descontento. Esto no significa que todo movimiento basado en el descontento con el estado actual de cosas vaya a ser dirigido por estas personas. Esto obviamente es falso; y enfatizo este punto en caso que mis observaciones lleven tranquilidad a aquellos que condenarían a cualquier persona que exprese un descontento desde la militancia. Aunque según entiendo, las investigaciones sobre movimientos sociales de militancia sí demuestran que estas personas retorcidas buscan un lugar en ellos. Concretamente, es posible que lleguen a ser la policía secreta, conspirativa del grupo. Uno de los problemas que tienen los movimientos sociales de militancia es mantener fuera a esta clase de personas. Por supuesto que esto es más fácil de hacer cuando el espíritu del movimiento es positivo, posee una concepción inclusiva y elevada de la humanidad, y sus objetivos son sensatos. Este no era el caso del movimiento nazi. Como señala Kogon: “Las SS no fueron más que el arque-

tipo de los nazis en general.” Pero a veces, ante la falta de algo mejor, estas personas se encuentran atraídas hacia movimientos cuyos objetivos son contrarios al espíritu de castigo y de crueldad. Diría que todos nosotros observamos con atención cualquier indicio de actitud negativa o punitiva en los liderazgos y el entorno de los movimientos a los que adscribimos. Porque una vez que ese tipo de espíritu se desarrolla en el interior de un movimiento, es probable que se vuelva más atractivo el castigo de la víctima más cercana y vulnerable que el esfuerzo por alcanzar los objetivos principales. Y si una cosa que nos enseña el movimiento nazi, es que si un mandato mínimo es otorgado a esta clase de personas, ellas lo agrandarán – habiéndonos comprometido – cada vez más. Los procesos con los que lo consiguen son el desarrollo de un poder y disciplina interna de su propio grupo, una progresiva disociación de las reglas de decencia humana que prevalecen en su cultura, y un desprecio creciente por el bienestar del pueblo.

El poder y la disciplina interna de las S.S. llegaron a ser tales que quienes eran miembros sólo podían salirse a través de la muerte; por suicidio, asesinato o crisis nerviosa. Las órdenes de las oficinas centrales de las S.S. eran impartidas en términos ambiguos como cobertura frente un potencial enjuiciamiento. Cuando se hizo evidente que ese día llegaría, las precauciones y las intrigas aumentaron; también aumentó la necesidad de matar, ya que cada prisionero pasó a ser un testigo potencial.

Una vez más, estamos tratando con un fenómeno común en todas las sociedades. Prácticamente todo grupo que deba desempeñar una función social especializada es, en cierta medida, una sociedad secreta, con un conjunto de normas desarrolladas y aplicadas por sus miembros y con cierto poder para salvaguardar a sus miembros de un castigo externo. Y aquí se encuentra una de las paradojas del orden social. Una sociedad sin el menor poder de creación de normas y de disciplinamiento no sería una sociedad en absoluto. Sólo habría ley y policía; y esto es precisamente por lo que los nazis lucharon, a expensas de la familia, la iglesia, grupos profesionales, partidos y otros núcleos de control espontáneo como éstos. Pero aparentemente la única forma de hacer esto, ya sea para fines bondadosos o malvados, es otorgándole poder a algún grupo pequeño de fanáticos que tendrán un mayor poder de auto-disciplina y una mayor inmunidad al control externo que cualquier grupo convencional. El problema entonces, no pasa por intentar deshacerse de todo grupo de protección auto-disciplinado dentro de una sociedad, sino por mantenerlos integrados entre sí y tan sensibles como puedan ser a la opinión pública que los trasciende. Se trata de una cuestión de frenos y contrapesos, de lo que podríamos llamar la constitución social y moral de la sociedad.

Quienes se esfuerzan especialmente por erradicar de la gente de bien, como individuos, todos aquellos aspectos que parecen posibilitar el pequeño y gran trabajo sucio del mundo, pueden pensar que mis comentarios son una suerte de ataque a sus métodos. Tienen razón en este sentido; en que estoy insistiendo en poner una parte de nuestros esfuerzos tanto en los mecanismos sociales involucrados como en el individuo y aquellos sentimientos suyos que involucran personas de otra clase.